Cuando la verdadera fé se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el órden de la caridad, y los sentimientos del corazon se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta. Asi, pues, envanecido por aquello mismo que deberia humillarle, satisfecho de si mismo por lo que debiera hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devocion que ha perdido con la verdadera fé, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devocion católica respecto á María. Para destruirla con mas facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de María que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de heregía, ó al menos de una Religion sospechosa la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre, y á las practicas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esa ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros que nos encontramos en la verdadera Iglesia en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto, y en nuestra devocion á ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre. (*Vease la nota quince.*)

CAPITULO XVI.

Despues de las varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Hijo, hé ahí tu Madre*, se creerá tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto mas se considera y se medita, tanto mayores son y mas importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y esplicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho mas de lo que pensábamos; en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentarémos con dar la última esplicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer mas y mas su profundidad y nos suministrará materia para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *hé ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor; y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran estension, y encerrar por si sola un misterio importante.

En efecto, cómo pueden articularse ó leerse estas palabras pronunciadas por Jesucristo y relativas á María: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu Hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras no menos tiernas, no menos patéticas que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre, Ved ahí el Rey?*

Los Judíos habian hecho sufrir al cuerpo santísimo de nuestro Salvador los tormentos mas crueles, los suplicios mas atroces, los ultrages mas sangrientos que se han hecho sufrir jamás en el mundo, no diremos á un hombre, sino ni á un animal destinado al matadero. Ellos le habian despedazado á azotes, le habian herido con varas, le habian abofeteado bárbaramente y le habian manchado con salivas; y para que el hombre del dolor se hiciese el hombre de los oprobios, para añadir á los tormentos la vergüenza y el deshonor, habian clavado en su cabeza una horrible corona de agudas espinas, habian echado sobre sus hombros un vil andrajo de escarlata, habian puesto en sus manos una caña por cetro, y en esta actitud le insultaban con irrision como á un Rey de teatro. En este miserable estado, en este estado tan propio para inspirar compasion, se presenta Pilatos á los Judíos y les dice: VED AHÍ EL HOMBRE. Pero ay! este espetáculo de Jesus cubierto de heridas de los pies á la cabeza, y bañado en su sangre, lejos de enternecer á aquellas bestias feroces, no hizo mas que inflamar su odio y su furor. Por consiguiente, en vez de consentir en que se le perdone la vida, piden su muerte con gritos salvages. Y cuando el presidente duda, y manifiesta la repugnancia que tiene á acceder á su peticion injusta y cruel, ellos le amenazan con la rebelion del pueblo y con la cólera del Cesar. Parece que esta amenaza hubiera debido hacer que Pilatos se obstuviese de dar título alguno á Jesucristo, y reconocer en él ningun carácter que pudiese despertar los celos y las sospechas de la política; sin embargo no fué asi. Ciego instrumento de los designios de Dios, que ejecuta sin querer, y de sus misterios que cumple sin conocerlos, dice el Evangelista, que haciendo de comparecer de nuevo á Jesus ante la multitud, se sentó en su tribunal, en el lugar llamado *Léthostrotos* en griego y *Gabbata* en hebreo, en un

viérnes, como á la hora sesta; y presentando desde allí á Jesus al inmenso populacho que se encontraba presente, les dice con una voz fuerte, y un aire misterioso y profético: JUDIOS, VED AHI VUESTRO REY. Todas estas circunstancias de la persona, del dia, de la hora y del lugar, asi como del título de la cruz que se halla escrito en diversas lenguas; estas circunstancias, repito, que acompañan á una declaracion tal, y que son referidas tan minuciosamente por el Evangelista, indican suficientemente que esta declaracion es el cumplimiento de un misterio profundo. En efecto, como el título de Rey de los Judíos equivale al de Mesías, como los Judíos han designado siempre al Mesías con este nombre, bajo el cual le esperan todavia; la declaracion de Pilatos no es otra cosa que un reconocimiento público y solemne que hizo de Jesucristo por el verdadero Mesías, por el Salvador del mundo, y esto en el dia de Pascua, en nombre de todas las naciones sujetas al imperio Romano, en nombre de toda la gentilidad, en nombre de toda la tierra.

En el furor que esperimentan los Judíos al ver que su presidente les impone por rey un hombre á quien quieren castigar como á un vil esclavo, gritan en vano tumultuariamente que no quieren reconocerle, que ellos no tienen mas rey que el César; Pilatos firme en su resolucion, confirma su declaracion, añadiendo: sin embargo EL ES VUESTRO REY, Y CÓMO QUEREIS QUE YO CONDENE Á VUESTRO REY? Y no contento con haber dado de viva voz esta cualidad gloriosa á Jesucristo, la repite tambien por escrito; con vergüenza y con mengua de todas sus reclamaciones, de toda su oposicion y de toda su repugnancia, él se obstina en colocar sobre la cruz de Jesucristo este grandioso título: JESUS DE NAZARET REY DE LOS JUDIOS. Título misterioso y sublime que reune en sí los títulos que Pilatos le habia dado poco antes de viva voz, cuando dijo con

relacion á él: VED AHÍ EL HOMBRE, VED AHÍ EL REY.

Es imposible dejar de reconocer que Pilatos cuando escribió, tuvo su mano guiada por la mano de Dios, asi como su lengua fué tambien movida por el Espíritu de Dios cuando habló de un modo tan estraordinario, tan maravilloso y tan verdadero, y que el Padre eterno fué el que, por el ministerio de Pilatos, escribió sobre la cruz de su Hijo su verdadero título de honor y y de grandeza, es decir, que era el Rey de los Judíos, el Mesías y el Salvador; que era hombre, y era Dios.

Mas en tanto que por esta inscripcion misteriosa colocada sobre la cruz, proclama el Padre eterno á la faz del universo y revela el verdadero Mesías en la persona de Jesucristo; este mismo Hijo pronuncia y dicta en cierto modo otras dos inscripciones que deben ser colocadas, la una sobre la cabeza de María y la otra sobre la de S. Juan, cuando dice á María: HE AHÍ TU MADRE, y de S Juan: HE AHÍ TU HIJO.

O profundidad de los consejos divinos en el cumplimiento de los divinos misterios! Toda la Religion está contenida en estas tres inscripciones; todas tres tienen un mismo fin, al cual concurren con un maravilloso acuerdo.

En el testo griego y en el hebreo dice la inscripcion: ESTE ES JESUS DE NAZARET, Ó VED AHÍ A JESUS DE NAZARET. Esta es, como lo hemos hecho observar, una repeticion de las palabras de Pilatos: *Ved ahí el hombre*, pues que el Nazareno, para ser verdaderamente Jesus, es decir, el Salvador del hombre, debe ser hombre ante todo, dice S. Agustin. Cuán grandes son pues y cuán sublimes estas palabras: VED AHÍ EL NAZARENO, VED AHÍ EL HOMBRE. Ellas significan: ved ahí el hombre, ese hombre verdadero en quien la imágen de Dios es perfecta. Ved ahí el hombre á quien Dios se refirió particularmente, cuando dijo al principio del mundo: *Hagamos el hombre á nuestra*

imágen y semejanza; en él era en quien pensaba cuando, por una misericordia y una bondad infinita, formaba el hombre del limo de la tierra. Ved ahí el hombre que se dignó llamarse á sí mismo *el Hijo del Hombre*, porque sin concurso humano nació del hombre en el seno de una virgen, verdadera hija del hombre; que tiene la naturaleza del hombre, sin tener sus vicios, sus miserias y sus pecados; aquel en quien el hombre fué reformado y vuelto á su perfeccion primitiva, en quien todo es órden, armonía y perfeccion; el hombre completo, el hombre perfecto, el hombre por antonomasia, el hombre en un sentido general y absoluto, el hombre por escelencia, que representaba verdaderamente en sí mismo toda la humanidad, y que debia salvarla toda entera; el hombre por consiguiente á cuyo ejemplo deben arreglarse todos los hombres, y con quien serán confrontados un dia en su juicio. Mas este hombre no es solamente hombre, sino que es tambien Hombre-Jesus, es Hombre-Salvador, Hombre-Rey de los Judíos, es Hombre-Mesías, Hombre que desde el madero infame á que está clavado, reinará sobre todos los hombres. Su reino será fundado por medio de los Judíos, porque los apóstoles y los primeros fieles serán Judíos, y el universo se unirá á la raiz del pueblo Judío, á la casa de Jacob, á la raza de David cuyo reino no tendrá fin; y este reino no será fundado por el hierro, sino por el leño; por el amor y no por el terror; para formar hijos, y no para formar esclavos; siendo diferente por su origen de los demas reinos, tambien lo será por su naturaleza. Este no es un reino de la tierra, sino un reino del cielo; no es el reino del hombre, sino el reino de Dios. Este hombre pues es Rey; es Salvador, y este Salvador es Dios. Porque *Ved ahí el hombre, Ved ahí el Rey de los Judíos*, quiere decir: VED AHÍ EL HOMBRE DIOS. Esta doctrina de que *Jesucristo es verdadero Dios y verdade-*

ro hombre, es la doctrina verdadera, la verdadera fé, la fé divina, la fé santa y la fé pura que nos justifica y nos salva. Ella contiene todo el cristianismo; ella es su fundamento y su base, su compendio y su símbolo. Y cuánto no debemos admirar los designios de Dios, que quiso que una doctrina tan preciosa y tan importante, que un Evangelio tan verdadero y tan consolador fuese escrito en grandes caractéres y en las lenguas mas conocidas y mas usadas entonces, sobre el madero de la cruz!

Esta inscripcion, colocada sobre la cabeza del Hijo, sirve para hacer comprender mejor la importancia y la grandeza de las palabras pronunciadas relativamente á la Madre. Porque si Jesucristo es el hombre perfecto, María es la muger perfecta, la muger por escelencia, la muger grande, la muger en un sentido absoluto, supuesto que Jesucristo la llama *la muger* sin otro título, asi como Jesucristo es *el hombre* sin otra calificacion; la muger sola bendita entre todas las mugeres, sola libre del pecado, y llena de gracia y de santidad. Muger simplemente, y por lo mismo Reina, es decir Coredentora, asi como Jesucristo es Rey, es decir Redentor. Vírgen y Madre, como Jesucristo es hombre y Dios. Verdadera Eva, como Jesucristo es verdadero Adan. Verdadera Eva, porque la primera Eva dió á luz sus hijos para la tierra, y María para el cielo; aquella para el cuerpo, y esta para el espíritu; la primera para el tiempo, y la segunda para la eternidad. María por consiguiente, como dice S. Epifanio, es en un sentido propio, literal, completo y perfecto la Madre de los vivientes.

Cuando Jesucristo designó á María con estas breves palabras: HE AHÍ TU MADRE, es como si hubiera dicho: Fieles, hijos de mis llagas y de mi sangre, despues de haber reconocido en mí el padre que os ha engendrado, recenoced tambien en María la madre por cuyo medio

habeis sido engendrados. Al confesar y al reconocer en mí la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola persona, reconoced tambien en ella la union de la virginidad y la maternidad. El segundo de estos dogmas no es menos importante que el primero; los dos se unen y se armonízan entre sí. Si yo no fuera verdadero hombre, no podria sufrir por el hombre; y si no fuera Dios, no podria dar á Dios una satisfaccion cumplida y reconciliaros con él. Mas yo no sería Dios, si María no fuera vírgen; ni sería verdadero hombre, si ella no fuese mi verdadera madre. Como hombre y Dios, soy el verdadero Salvador de los hombres. Como vírgen y madre ella es la Madre de Dios, y por lo mismo la Madre de los hombres. Ved ahí pues esa Madre, á la que, despues de mí, debéis todo cuanto sois, y todo cuanto teneis en el órden de la salvacion. Ved ahí vuestra verdadera Madre; reconocedla en el cariño con que os tiene á todos presentes, en la ternura con que os acoge en su corazon, en los tormentos atroces que ha sufrido para daros á luz y volveros á la vida en mi muerte. Ved ahí esa madre heroica, esa madre magnánima, esa madre santa, pura y bendita; esa madre llena de ternura, de celo y de cuidado; esa madre escelente, esa madre sublime, esa madre perfecta.

Finalmente, para que nada falte á las lecciones de la cruz, si las palabras que Jesucristo dirigió á María nos enseñan lo que debemos creer, las que dijo á S. Juan nos enseñan lo que debemos hacer. Porque al decir Jesucristo de S. Juan: HÉ AHÍ TU HIJO, despues de haber dicho de María: HÉ AHÍ TU MADRE, quiso indicar los deberes filiales con respecto á María, asi como habia indicado los privilegios y la grandeza de su Madre.

Aun cuando Jesucristo, al morir por todos los hombres, los regenerase á todos, y sea por lo mismo el

Padre verdadero de todos, sin embargo no todos los hombres son en realidad sus discípulos ni sus hijos, nacidos de su muerte. De la misma manera, aunque María al sufrir por todos los hombres, los haya dado á luz y sea la madre de todos, sin embargo no todos son en realidad sus hijos, nacidos de sus dolores. Se necesitan indispensablemente ciertas condiciones para participar del beneficio de este doble nacimiento, para ser admitido en este santo parentesco, en esta augusta familia, para ser el verdadero discípulo de Jesucristo, el verdadero hijo de María. Y quereis saber cuáles son estas condiciones? añade Jesucristo desde lo alto de su cruz. Mirad á Juan; él es el modelo, el ejemplo; el tipo de mis verdaderos discípulos y de los verdaderos hijos de María. Tenemos por consiguiente en el Calvario ejemplos y modelos de toda clase de perfeccion. Queremos conocer al hombre verdadero, al hombre padre, al hombre rey, que tiene entrañas de verdadera ternura para con la humanidad? Miremos á Jesucristo que dá su vida por unos ingratos, que se sacrifica por unos viles esclavos. Queremos saber cuál es nuestra verdadera madre? Miremos á María que sacrifica el hijo mas amado para salvar á los hijos mas necesitados. Deseamos tambien conocer cuál es el verdadero discípulo de Jesus y el verdadero hijo de María? Miremos á S. Juan, de corazon puro, de alma fuerte, y de afectos tiernos, inseparable de Jesus y de María; él asiste á la muerte de aquel, y á las angustias de esta, para aplicarse el fruto de ellas. Si pues Jesucristo espresa en sí mismo la perfeccion del hombre, si él es el hombre por escelencia; si María espresa la perfeccion de la madre; si ella es la madre por escelencia, S. Juan espresa la perfeccion de los hijos; él es por escelencia el discípulo de Jesucristo, y el hijo de María.

Oh hombre, oh madre, oh hijo! Quién me digera que estas preciosas palabras: *Hé ahí el hombre, hé ahí la Madre, hé ahí el Hijo*, resonasen continuamente en mis oidos, estuviesen siempre ante mis ojos y quedasen grabadas eternamente en mi corazon, á fin de que yo me consumiese en reconocimiento y en amor por tal hombre, y por tal madre, retratando en mi conducta la virtud de tal hijo! Yo me diria entonces á mí mismo, HÉ AQUÍ EL HOMBRE, HÉ AQUÍ EL REY! Hé aquí el Hombre Dios, el Rey dulce y pacífico, pues que reina por el amor; pero el Rey poderoso y fuerte, que cuando quiere, lo atrae todo á sí. Reinad tambien, oh señor y Dios mio, en mi espíritu y en mi corazon; reinad sobre las ruinas de mis malos hábitos y de mis pecados, reinad en mí por vuestra gracia, por vuestra misericordia y por vuestro amor.

Y si mi pensamiento se aterraba á vista del Hijo de Dios, de Dios mismo, yo me diria: HE AQUÍ Á JESUS DE NAZARET; HE AQUÍ EL HOMBRE; es decir el Dios hombre, el Dios revestido de la misma naturaleza que yo, de la misma carne, de las mismas miserias, para poder compadecerse de mis enfermedades, el Dios hijo del hombre para salvar al hombre. Yo me acercaria pues sin temor; yo le hablaria con confianza y con familiaridad como á un igual; yo le invocaria con amor, yo trataria con él del gran negocio de mi salvacion, del gran negocio por el cual él vivió y murió como hombre.

Si á pesar de la naturaleza humana, me intimida en él la naturaleza divina; si á pesar de su cualidad de Redentor, su cualidad de Juez me hace temblar ante un Dios cuyas leyes he violado, ante un juez cuya justicia he provocado; para no desesperarme, para no dejarme abatir, me acordaré de que ante este Hombre-Dios tengo una madre, una madre verdadera, una madre que me dió á luz en medio de tantos tormentos, y que no quiere que el fruto de tantas angustias, de tanto dolor y de tanto amor se pierda para mí; una madre de misericordia, de bondad y de dulzura, que desea mi

salvacion mucho mas que yo mismo; una madre cuya proteccion, cuya intercesion y cuyo auxilio, cuyo corazon y cuyo amor son para mi una defensa segura contra la cólera divina, y un medio seguro de desarmarla. Ved ahí esa tierna madre al pie de la cruz de su divino Hijo. Oh cuán dulce es su mirada, cuán compasivo es su semblante, cuán grande es su alma, y cuán lleno de ternura está su corazon! En este asilo, en este lugar de refugio, la cólera de Dios que yo he provocado con mis pecados no podrá llegar hasta mí; ella me facilitará la entrada en el corazon de su Hijo, y me hará recobrar su gracia y su amor. Ved aqui la madre en cuyas manos debo abandonar mi suerte y cuya benevolencia y cuya bondad debo cultivar.

Yo me diré tambien á mí mismo: Hé aquí á Juan, este hijo ejemplar, este hijo modelo, por cuyas pisadas es necesario que yo camine para llegar á la posesion de la gracia del Hombre-Dios y del amor de su Madre. Yo velaré cuidadosamente, á ejemplo de S. Juan, sobre la pureza de mi cuerpo, sobre la de mi espíritu y sobre la de mi corazon; yo alejaré de mí todas las acciones y todas las ocasiones que puedan comprometer para mí esta pureza, la mas frágil, la mas delicada y la mas preciosa de todas las virtudes; aquella por la que María se mostraba mas cuidadosa que por todas las demas; aquella por la que S. Juan agradó á Jesucristo, y la única por consiguiente que podrá hacerme agradable á Jesus y á María.

A ejemplo de S. Juan, no temeré los peligros, las persecuciones, el odio, los improperios ni los sarcasmos del mundo, para seguir á Jesus al Calvario. Yo no me avergonzaré de la ignominia de la cruz de mi Salvador; yo me gloriaré en ella, y la miraré como un beneficio y un bien esclusivo; yo me creeré demasiado honrado en colocarme junto á ella y en participar de sus oprobios, para alcanzar la salvacion, la resurrec-

cion y la vida, que proceden de este arbol precioso.

A ejemplo de S. Juan, amaré á Jesus y á María sobre todo lo demas. Yo les consagraré mis afectos, mi corazon mi vida y todo mi ser. Yo permaneceré siempre en el Calvario en su compañía, para meditar sus padecimientos, para admirar su amor y obtener su gracia. Todo cuanto yo tenga de mas amado y de mas precioso será de María. Dichoso yo entonces, porque podrá decirse de mí: ved aquí el discípulo amado de Jesucristo; ved aquí el verdadero hijo de María; y si pertenezco al número de sus verdaderos hijos en la tierra, perteneceré tambien al de sus dichosos herederos en el cielo. Asi sea. (*Vease la nota diez y seis.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.